

COLECCIÓN  
QUILOAZAS

# KADISH

• • •

TALI GOLDMAN



**VERA** editorial cartonera

# KADISH



A orillas del **QUILOAZAS** se fundó por primera vez la ciudad de Santa Fe. El rollo vino a quitarle al pueblo y al río más que el nombre. La palabra como acto hace revivir, porque de ella —como del río— se tira y se saca otro modo de nombrar, fundar y habitar.

# KADISH

COLECCIÓN  
**QUILOAZAS**

• • •

TALI GOLDMAN



**VERA** editorial cartonera

**COLECCIÓN QUILOAZAS**

dirigida por Larisa Cumin

---

Kadish / Tali Goldman. —1a ed.— Santa Fe:  
Universidad Nacional del Litoral, 2020.

Libro digital, PDF—(Vera Cartonera /  
Quiloazas; 5)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-692-225-8

1. Literatura Argentina. 2. Crónicas. I. Título.  
CDD A860

---

© Tali Goldman, 2020.

© de la editorial: Vera editorial cartonera, 2020.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL  
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina  
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento-NoComercial-  
CompartirIgual 4.0 Internacional

**V**

**VERA** editorial cartonera. Centro de Investigaciones Teórico–Literarias de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral. Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet). Programa Promoción de la Lectura Ediciones UNL.



*Directora Vera cartonera:* Analía Gerbaudo

*Asesoramiento editorial:* Ivana Tosti

*Corrección editorial:* Laura Kiener

*Diseño:* Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral ([www.huertatipografica.com](http://www.huertatipografica.com)).

*a Dina y a todas las madres que dan la batalla  
hasta el final*



• • •

Las indicaciones llegan a través de un mensaje de celular: “Cuando llegás a la estación Federico Lacroze agarrás la salida diez. Cruzás la calle y yo te espero en la plaza frente al cementerio, porque antes quiero pasar a comprar flores”. El día es pegajoso e iracundo y con Dina Sánchez quedamos en ir juntas a Chacarita. O, mejor dicho, le pido acompañarla al cementerio donde están los restos de su hijo Nahuel: era drogadicto y lo mató su novia a sangre fría hace menos de un año. Dina Sánchez es la referente nacional del Frente Popular Darío Santillán, una de las organizaciones piqueteras más importantes del país. Ella es peruana. La conocí hace dos meses en una asamblea de movimientos populares cuando planificaban un plan de lucha ante la llegada del FMI a la Argentina. Dina fue una de las pocas mujeres que habló en esa jornada y yo me había quedado impactada por su oratoria y su belleza. Hablaba con un tono de voz potente, en un discurso de arenga que mezclaba conceptos teóricos y nociones del feminismo. Dina levantaba su pañuelo verde con mucha hidalguía en un ámbito abiertamente vinculado al Papa Francisco. Además, había algo de su semblante que me había impactado: estaba maquillada estilo Gatúbela, ojos delineados muy perfectos con un pincel por arriba y por debajo del párpado, los labios de un rosa bebé brillante y su porra de rulos castaños estaba contenida en una vincha que le acentuaba sus rasgos andinos.

Tomo la salida diez y veo a Dina sentada en un banco de piedra haciéndome señas con las manos levantadas. La acompaña una piba

coqueta como ella y sospecho que es una compañera de militancia. Dina está radiante como las otras veces que la vi y me dice que el día “pide” una birra. Pero estamos por entrar al cementerio a ver a su hijo. Hacemos una parada técnica en el puesto de flores que queda a unos pocos metros de la entrada. Dina elige dos ramos, la otra chica uno y yo también. Escojo unas flores amarillas. Presiento que Nahuel era de Boca, pero no lo sé. Cuando vamos a pagar y mientras suena a todo volumen una bachata que canta algo así como “para qué sirve la vida”, Dina me dice en voz baja que la chica es la ex novia de su hijo, la anterior a la que lo matara. Enfilamos para la entrada las tres. Pero un segundo antes de atravesar el portón, la chica desaparece de nuestro lado. Nos damos vuelta. De espaldas al cementerio y con su celular en mano, la chica se está sacando una *selfie* con sus flores y su sonrisa enorme de labios carmesí. Entramos.

• • •

Año 1993. Dina Sánchez tiene 13 años y vive en Trujillo, una ciudad al norte de Perú. Su padre es carnicero y su madre trabaja en la calle vendiendo cualquier producto. Su padre es alcohólico y violento. Su madre por fin lo abandona y decide irse a vivir a Buenos Aires. Allí tiene a una conocida que le dice que las cosas están mejor que en Perú. Dina queda al cuidado de su tía, la hermana de su mamá. Tres años después, en 1996, la madre regresa a buscarla y se la lleva a Buenos Aires. Dina no quiere saber nada con instalarse en otro país. En Perú cursa el secundario y tiene una vida social muy activa. Pero no le queda otra opción. Para colmo, cuando llega a la casa de su mamá, en Glew, provincia de Buenos Aires, se entera de que ella se había vuelto a casar, con un albañil jujeño. Su mamá trabaja como empleada doméstica con cama adentro en una casa en Barrancas de Belgrano, de lunes a sábado.

Dina entra a cuarto año en una escuela privada de Glew. Es buena estudiante y empieza a hacerse amigos. A sus compañeras

les divierte su acento. Los tres veranos siguientes su mamá vuelve a Perú de vacaciones, pero no la lleva por temor a que se quiera quedar. La deja al cuidado de dos compatriotas, empleadas domésticas en varias casas en un *country* de San Isidro, que velan las residencias de sus patrones mientras pasan la temporada estival en el exterior. Dina vive durante todo el verano en moradas lujosas, duerme en camas *King Size* y se zambulle en piscinas de agua transparente. Pero los fines de semana no se quedan en el *country*. Se vuelven a su casa: un cuartito alquilado en la localidad de Virreyes, donde hay una fuerte comunidad de peruanos. Los sábados y domingos se hacen fiestas con grandes ollas de guisados y movimientos al ritmo de la cumbia. Como no podían dejarla sola, Dina va con ellas. Está feliz. En esas fiestas empieza a coquetear con un chico un poco más grande, también peruano, que hacía chingas: se llama Carlos, pero le dicen Calim. A los pocos meses queda embarazada. Cuando su madre se entera le hace un escándalo. Le dice que es una puta por quedar preñada a los diecisiete años. Entonces la manda a vivir con él y le exige que se conviertan en una familia. Dina se va a Garín y comparte terreno con toda la familia de Calim. Pero apenas nace Nahuel, Dina se quiere separar. Calim se emborracha todos los fines de semana. Nunca llega a golpearla, pero siente violencia de su parte. Dina quiere trabajar, pero él no la deja. Así que apenas consigue trabajo en un supermercado chino del barrio de Belgrano intenta volver a Glew con su mamá. Pero ella la rechaza. Le repite que Nahuel tiene que criarse con su mamá y su papá. Como Dina no quiere volver a lo del padre de su hijo bajo ningún concepto, se va a lo de su mejor amiga, una compatriota que también había conocido en las fiestas de Virreyes. Pamela le hace lugar en su cuarto en una casa en la que vive con su familia. Pero Calim sigue persiguiéndola. Aparece todos los fines de semana tirado, borracho, en la puerta de la casa. Le implora volver. Ella lo rechaza constantemente. Hay otro factor. En esa casa vive el hermano de Pamela, también de nombre Carlos, con el que Dina comienza un tórrido romance. Cuando Nahuel tiene un poco más de un año, queda embarazada nuevamente.

• • •

Es la primera vez que entro al cementerio de Chacarita. Quedo obnubilada con los mausoleos. Dina me dice que deben ser carísimos. Y que ahora van a tener que ver cómo pagan el nicho de su hijo, porque Calim lo hizo solo por un año, que ya está pronto a cumplirse. ¿Qué harán con Nahuel si dejan de pagar? Seguimos caminando. El nicho de Nahuel es lejos. Mientras caminamos Dina me cuenta que esa semana está muy movilizada. Fue el juicio por el asesinato. Su exnuera está en la cárcel de Ezeiza, pero verla sentada en el banquillo de los acusados le produce escozor. Pasamos como en un juego de ping-pong a charlar con la misma intensidad de la situación política del país. Subimos dos tramos más por escalera y llegamos a un hall en donde una ceremonia religiosa está terminando. Cruzamos sin llamar mucho la atención y Dina se apura para agarrar un carro-escalera. Es la primera vez en mi vida que veo ese artefacto y tardo un par de minutos en entender su uso. Ahora caminamos con el ruido del traqueteo de esa maquinola que rompe por momentos el silencio sepulcral. Atrás nuestro, como peregrinos, nos siguen sin emitir sonido quienes estaban en la ceremonia. Dina tiene la sensación de que el nuevo muerto será enterrado en el mismo pasillo donde está Nahuel, por eso doblamos repentinamente y agarramos una ruta alternativa. Me siento en una película de acción y terror. O en una maratón de muertos. Llegamos al mismo tiempo, ellos por un costado, nosotras por el otro. Dina estaciona el carro, deja la mochila en el suelo y sube las escaleras. El nicho de su hijo está a dos metros de altura. Se sienta, apoya la mano sobre la foto de Nahuel y se quiebra. Es la primera vez que la escucho llorar. Es un gemido desconsolado, brutal. Jadea. Yo escucho frases sueltas. “Ay mi hijito, cómo te hicieron esto”; “Te extraño, hijo mío”; “Te amo”. La concurrencia de al lado no saca la vista de Dina, aunque su propio muerto esté entrando en ese instante en el habitáculo de su eternidad.

—4360, quinta fila, galería 20— grita el hombre sentado en una mini grúa, como si estuviera anunciando el ganador del loto en vez de las coordenadas de la muerte.

Pero con ese final abrupto Dina deja de llorar. Acomoda las flores, se seca las lágrimas y baja por las escaleras. La atajo con un abrazo. Lloramos. Dina me dice al oído por qué, por qué, por qué. Las lágrimas y el sudor nos recorren sin distinción. Dina dice Sole, subí, subí mientras agarra su celular y pone una canción de Tito de La Liga: *Pienso en vos y miro las estrellas, pienso en vos y miro las estrellas*. Pensar que esta era su canción preferida, me dice, me la ponía todo el tiempo y ahora soy yo la que se la pongo a él. Dina lo evoca y pasa del llanto a la risa constantemente. Mientras Sole le pone otra cumbia desde su celular, Dina me cuenta que a ella la conoció cuando estaba encerrado en el Instituto de Menores, el Roca, la primera vez que cayó por un intento de robo. Nahuel se escapaba de la casa para drogarse con unos pibes que deambulaban por la zona de Parque Lezama. En el Roca se había hecho un amigo, Andy, cuya novia, Yandela, era la mejor amiga de Sole. Se pusieron de novios por teléfono. Pero Nahuel era muy mujeriego. Incluso estando con ella, a él lo iban a ver otras chicas, me dice bajando el volumen de su voz. Le pregunto por las placas que están sobre el nicho. Me cuenta que una la puso Carlos, el papá de su segundo hijo Joel, que lo adoraba y le decía Nachín. Y la otra Calim, el padre de Nahuel, que ahora está preso en Perú por matar a un hombre en medio de una transa por drogas.

—Cuando Calim se apareció en el velorio de nuestro hijo le dije: agradecé que te estoy dejando entrar porque ganas de darte un boleo en el orto no me faltan.

• • •

Dina está asustadísima. Nadie puede saber que está embarazada de Carlos. Ni siquiera su madre, que apenas se entera llama a Calim: “Dina está embarazada, ven a buscarla”. Dina decide que lo mejor es callar. Ella no afirma ni niega de quién es el hijo que está en su vientre. Si Calim quiere pensar que es suyo, que así sea. Decir la verdad puede traerle consecuencias mortales. Su

madre la vuelve a obligar a vivir como una familia porque ahora es doblemente puta. Pero después del nacimiento de Joel, al que Dina le da su propio apellido, se escapa de la casa de Calim. Sola y con sus dos críos se alquila una pieza en La Boca y consigue un puesto como cajera de un supermercado chino. Una clienta paraguaya se convierte en la niñera de los chicos. Pero Calim no la deja tranquila. Ya hay rumores de que Joel no es hijo suyo y la familia de Carlos también quiere saber la verdad cuando se enteran del *affaire*. Es el año 2002. Argentina se sumerge en una crisis y ella también. Después de diez años, Dina se vuelve a Perú con sus dos hijos.

Se instala en Lima y atiende un kiosko. No está nunca con Nahuel y Joel, no puede dejar de trabajar si quiere darles una buena educación, salud y alimentos. Su madre vuelve a hostigarla cada verano cuando va de visita. Le dice que sus hijos se están criando solos.

Cuando Nahuel cumple doce años empieza una etapa de rebeldía y lo manifiesta rateándose de la escuela. Es una situación que Dina no puede controlar sola. Esta vez su madre le dice que tiene lugar en su casa para todos. Después de diez años, en el 2012, Dina vuelve a la Argentina y se instala en Glew. Calim le paga los pasajes de vuelta.

Los diez años de exilio fueron suficientes para poner paños fríos a todo. Joel que se fue de Argentina sin saber hablar conoce a su verdadero padre, Carlos. Calim ya no hace tanto escándalo y se mantiene distante. Pero al contrario de lo que se imaginaba, Nahuel agudiza su rebeldía. A la salida de la escuela prueba marihuana. Dina entra a trabajar como cajera a Walmart en Bancalari. Nahuel prueba el paco. Dina empieza a faltar a su trabajo para ayudar a Nahuel. La echan. Su mamá le comenta que está yendo a un comedor en La Boca. Es de una organización: El Frente Popular Darío Santillán, en homenaje a uno de los dos piqueteros que mató la policía en el Puente Pueyrredón en el año 2002. El mismo año en que su hija había huido a Perú. Es 2013 y Dina no lo piensa demasiado. No sabe bien qué es una organización social, ni quiénes son los piqueteros. Nunca escuchó en su vida el nombre de Darío Santillán. Pero necesita darle de comer a sus hijos.

• • •

Es 1 de junio de 2018. Organizaciones sociales, gremiales y políticas colman el centro porteño después de haber recorrido todo el país bajo la consigna “Contra el ajuste, por pan y trabajo”. En el escenario hay referentes sociales, políticos, sindicales de renombre. Entre ellos está Dina. Su organización, el Frente Popular Darío Santillán tiene una capacidad de movilización muy grande. Ella representa a más de 20 mil hombres y mujeres en todo el país. Según sus compañeros, llegó a lo más alto de su organización por su compromiso con el trabajo, responsabilidad, persistencia, capacidad. Y su oratoria. Dina agarra el micrófono y no lo suelta. Su tono de voz es agudo. Y cada vez que avanza en su discurso, su timbre se masifica, se expande. No lee.

*Compañeros y compañeras el camino no es fácil. A este gobierno no le servimos, claramente no le servimos. Por eso creemos que es importante construir la unidad, por eso creemos que es momento de organizar la bronca, de dejar de lado las diferencias, de dejar de lado el sectarismo, y que realmente construyamos entre todos y todas una alternativa para pararle la mano a Macri y su Gobierno (...) Venimos acá a decir que no queremos volver al Fondo. Que no queremos que la Argentina vuelva a ser el patio trasero de Estados Unidos. Porque ya sabemos qué significa eso. Sabemos que el FMI significa hambre, desocupación y muerte. Y no estamos dispuestos a volver atrás, no se lo vamos a permitir. Desde el sector de la economía popular sabemos muy bien cómo impactó el famoso cambio de este Gobierno en nuestras vidas cotidianas. Porque nosotros venimos de los barrios más humildes. Vivimos en barrios donde no tenemos agua, cloacas. Donde todos los días sufrimos la falta de luz. Y los grandes medios no muestran eso. Salimos en los medios cuando quieren hablar de inseguridad. Pero cuando la prefectura golpea y amenaza a nuestros pibes y pibas como en la villa 21-24 son pocos los medios que salen a contarlo. Por eso compañeros sigamos organizados. Los dirigentes se tienen que poner al frente de la lucha de los pueblos. Si no, que se hagan a un costado, van a quedar como cómplices”.*

Cuando anunció por el micrófono que ya terminaba, siguió un rato más. Eso le valió que el dirigente Juan Grabois, uno de los

referentes sociales más importantes del país, se le acercara y le dijera algo al oído. Le pidió que terminara de hablar. Ya iba casi diez minutos de discurso y todavía quedaba una decena de oradores.

Unas horas después Dina fue tendencia en Twitter.

Algunos de los tuits eran estos:

—Te la presento. Es peruana se llama Dina Sánchez. Pide por la unidad de los trabajadores pero no trabaja. Pide más planes y subsidios. Critica al Presidente argentino. Organiza los cortes y destrozos en nuestro país y ciudad. Somos los boludos mundiales!

—Yo digo una cosita, Dina Sánchez, por qué no te vas a Perú a hacer el mismo quilombo para ayudar a tus hermanos peruanos. Ah...subsidios como acá a troche y moche no se consiguen...Rajá, #LPMQTP Me tienen inflada! Cualquiera es dueño de todo en este país. Cualquiera!

• • •

Cuando baja Sole del nicho, le pregunto a Dina si puedo subir yo. Tengo mis flores amarillas y se las quiero poner. Subo las escaleras, me siento y veo por primera vez su foto de cerca. Nahuel tiene una gorrita y un buzo deportivo: la típica vestimenta que responde al estereotipo de pibe chorro. Pienso que de habérmelo cruzado en parque Lezama hubiera cruzado la calle o acelerado el paso. Ahora cierro los ojos y digo el *Kadish*, la plegaria judía en memoria de los muertos. La sé de memoria. *Itgadal veitkadash shmé rabá*. Y pienso que ni Nahuel, ni Dina, se merecían este final.

Cuando a Nahuel lo encierran por última vez en la cárcel de Marcos Paz, también por robo, su madre es la única que lo va a ver cada semana. Apenas sale de la cárcel, cuando cumple 18, reaparece en su vida Calim, su padre. Dina no está del todo contenta con el reencuentro, pero no se mete. Él vive en Virreyes, el mismo lugar en el que ella lo conoció hace 18 años. Y es en esa localidad maldita

donde Nahuel conoce a Romina. La familia de ella y la de Calim eran socios en el tráfico de droga. La incipiente pareja se va vivir a la Villa 31 pese a la persuasión de Dina para que se quedaran en su casa de Glew. Nahuel empieza a trabajar de seguridad nocturna cuidando las transas. Está armado las 24 horas. Le pagan muy bien. Dina lo ve muy poco durante esos meses.

Cuatro días antes de la tragedia, Dina va por primera vez a su casa, por insistencia de Nahuel, que le dice que Romina había cocinado. Cuando caminan por el barro Dina se da cuenta de que su hijo está rengueando. Cuando se saca la gorrita Dina ve que le falta una ceja. Cuando se quedan solas, Dina la increpa a su nuera. Romina le confiesa que Nahuel está peor, que se escapa para drogarse y se pone violento. Y que ella no puede controlarlo, por eso le devuelve los golpes. Dina es tajante. Le dice que se separe de su hijo, que Nahuel está enfermo, que no le hace bien vivir ahí. Que necesita empezar otro tratamiento, otro más. Se va muy angustiada. Es la última vez que se ven.

Cuando nos estamos yendo del cementerio Dina dice que menos mal que ya cobró porque necesitaba ir a una sesión de terapia. Desde que falleció Nahuel se atiende con una de la red de psicólogas feministas. Dice que le hace muy bien y que no es tan caro. También me cuenta que desde que murió Nahuel, lo único que le devolvió la alegría es Dasha, su nieta, la hija recién nacida de Joel, que cumplió los diecisiete. Pero Dina dice que ahora su prioridad es ella, ella misma. Que, con sus treintaiocho años, por primera vez en su vida sabe que necesita y tiene que preservarse, cuidarse, mimarse. Y también dice que menos mal que cobró porque ya es hora de ir a comer ceviche a su restaurante preferido, al que iba con Nahuel, La Conga.





•

#### TALI GOLDMAN

(Buenos Aires, 1987) es Licenciada en Ciencia Política (UBA) y acaba de entregar su tesis en la Maestría de escritura creativa de la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Es periodista hace más de diez años. Trabajó en la revista *Veintitrés*, *El Argentino*, Radio Nacional, entre otros. Publicó *La marea sindical, mujeres y gremios en la nueva era feminista*. Escribe crónicas en *Anfibia*, *Nuestras Voces*. Es columnista de Cheque en Blanco que se emite por Futurock.



**UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL**

ENRIQUE MAMMARELLA

Rector

LAURA TARABELLA

Decana Facultad de Humanidades y Ciencias